

## TU TURNO

Rechazó el ofrecimiento mediante un gesto. Acto seguido, giró la cabeza y miró a cámara. Y de repente, oscuridad.

A Miguel, al otro lado de la pantalla, le sobresaltó el sonido del rollo de película al acabarse en el proyector y dio un respingo en la butaca. Aún tenía clavados esos ojos, pero apenas tuvo tiempo de pensar sobre qué le había perturbado en ellos, porque sintió la angustia extenderse como un chispazo por todos sus nervios.

Después de meses entre esas cuatro paredes, ya hacía tiempo que había dejado de intentar buscar una explicación lógica. Dejó de preguntarse por qué se había despertado allí. Por qué aquella sala de cine no tenía ninguna puerta y no servía de nada pedir auxilio. Por qué, siempre que se despertaba, aparecía comida y agua bajo la pantalla blanca.

Cuando un día asumió que nadie vendría a ayudarlo, reparó en un montón de rollos de celuloide amontonados en un armario tras el proyector. Al principio los proyectaba por puro aburrimiento. Después advirtió, esperanzado, que cada película parecía contener una pista sobre su situación.

Todo le había llevado a aquel último rollo, en el que la protagonista estaba prisionera en una biblioteca. Como él, había llegado a la conclusión de que algún libro debía ser la llave de salida, pero todo se volvía confuso con el último tomo. La chica había reparado en que le faltaban páginas, y de golpe y sin explicación, la escena siguiente mostraba a la protagonista asustada, acompañada de un hombre que aparecía de espaldas y que le decía: “Esta es

mi oferta, ¿la aceptas?” Era entonces cuando ella se negaba, echaba esa *mirada* a cámara y la película terminaba.

Dándole vueltas al salto de escena, una idea repentina le hizo levantarse de golpe. ¿Y si a su película le faltaba también una parte? Corrió y al llegar al proyector, casi arrancó la cinta para examinar el rollo. Efectivamente, hacia el final había un empalme entre fotogramas. Con el corazón en un puño, se lanzó como loco al armario donde había encontrado las películas. No le costó encontrar la tira que faltaba.

Temblando, logró pasar la tira por el obturador y accionó manualmente los fotogramas uno a uno. Ahogando un grito de triunfo, volvió a ver a la chica, que se entregaba a una búsqueda frenética en la biblioteca hasta encontrar las páginas que faltaban. En la primera de ellas, sólo se veía la imagen de una puerta. Fue pasando las hojas a medida que Miguel iba pasando fotogramas. Juntos, vieron cómo la puerta se iba abriendo con lentitud y cómo alguien iba saliendo de ella. Una mano de dedos largos, sujetando un bastón delgado, fue dando paso a la silueta de un hombre trajeado de rostro viejo y adusto, pero con un aire burlón. Cerró la puerta tras de sí y caminó hacia ellos.

A Miguel le sobresaltó la cercanía de sus pasos, pero no podía dejar de mirar la pantalla. El hombre alargó el bastón.

-Ya no te hará falta esto- dijo, y con un golpe de bastón cerró el libro.

De repente, el proyector se cayó al suelo y la pantalla se fundió a negro. Se encendieron las luces de la sala y, cuando Miguel reunió las fuerzas para abrir los ojos, vio al hombre alto frente a él.

-Bienvenido a este lugar, a mi pequeña trampa particular. Te voy a hacer la misma oferta que a la chica y que a todas las almas que han pasado por aquí desde que el mundo es mundo. Si aceptas, mantendrás el alma pura, pero te quedarás para siempre. Así ningún inocente más caerá aquí. Si no aceptas, volverás a tu vida, pero tu alma se corromperá y tarde o temprano nos veremos de nuevo –esbozó una sonrisa lobuna-. Y bien, ¿aceptas?

Miguel traga saliva y comprende lo que había en la mirada de la chica. Con la misma culpabilidad en los ojos, se gira y te mira. Y niega con la cabeza.